

## Icaria Editorial

---

El fin de la «globalización feliz»: cede el glamour, se extiende la guerra permanente

Author(s): Ramón Fernández Durán, Samir Amin and Manuel Cruz

Source: *Mientras Tanto*, No. 86 (Primavera 2003), pp. 79-107

Published by: [Icaria Editorial](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/27820669>

Accessed: 23/06/2014 07:49

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



*Icaria Editorial* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*.

<http://www.jstor.org>

## **El fin de la «globalización feliz»: cede el glamour, se extiende la guerra permanente<sup>1</sup>**

RAMÓN FERNÁNDEZ DURÁN

La senilidad del sistema capitalista no es la antecámara de una muerte de la que se podría esperar tranquilamente que llegara su hora. Al contrario, se manifiesta un resurgimiento de la violencia mediante la cual el sistema intentará perpetuarse, cueste lo que cueste, aunque sea al precio de imponerle a la humanidad una barbarie extrema (...) La clase dirigente de EEUU sabe que la economía de su país es vulnerable, que el nivel de su consumo sobrepasa de lejos sus medios, y que el principal instrumento de que dispone para forzar al resto del mundo a cubrir su déficit es imponiéndole el despliegue de su poder militar. No tiene elección. Ha escogido la huida hacia delante mediante esta nueva forma de hegemonismo. Moviliza a su pueblo —a sus clases medias— proclamando su intención de «defender a cualquier precio el modo de vida americano». Este precio puede implicar el exterminio de partes enteras de la humanidad.

«El capitalismo senil», SAMIR AMIN.

Efectivamente, ha desaparecido de nuestro campo visual la idea de futuro. (El futuro) ya no es el territorio imaginario en el que habitan los proyectos, intenciones o sueños de la humanidad, sino el lugar donde lo que hay persevera en su ser (...) Los sectores progresistas (...) han ido

---

1. Este texto ha sido publicado, como una especie de introducción, al libro *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente. El dólar, Wall Street y la guerra contra Irak*, de la editorial Virus.

girando sus propuestas, de manera creciente hacia el pasado. Como si no quedara más proyecto posible que el de mantener lo mejor de lo que hubo. Como si nada «otro» (que no sea terrorífico) pudiera ni tan siquiera ser pensado.

«El Futuro ha Muerto. ¡A por el Pasado!»,  
MANUEL CRUZ, *El País*, 5-1-1998

Tras la caída del muro de Berlín (1989) y la desaparición de la ex Unión Soviética (1991), el capitalismo volvió a ser otra vez global, como antes de la Primera Guerra Mundial. Pero con una dimensión y potencia sustancialmente superior a la de entonces, en cuanto a su implantación y alcance, sobre todo en lo que al capital financiero se refiere (el objeto principal de análisis de este libro); pues la «globalización financiera» ha alcanzado un grado muy superior a la cada vez mayor también «globalización productiva». Además, la desaparición del «enemigo comunista» posibilitaba una desregulación a ultranza del nuevo capitalismo global, pues ya no había «contrapesos» que lo impidieran. Se inauguraba la época (la década, más bien) de lo que se ha llegado a conocer como la «globalización feliz», en la que la tremenda potencia mediática de la Aldea Global (el poder de la imagen) pasaría a cumplir un papel trascendental en la creación de una «realidad virtual» que iba a imbuir al mundo entero, con su *glamour*, de las bondades sin límite del capitalismo global. Fukuyama nos anunciaba el «Fin de la Historia» y ya sólo quedaba ir perfeccionando el «único mundo posible», que se iría desarrollando, sin fin, y sin contradicciones y antagonismos importantes, hasta el final de los tiempos. Dicha época iba a quedar marcada también por el desarrollo espectacular de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, que fue trascendental para hacer factibles, y reforzar, los procesos de «globalización» económica y financiera mencionados. Y fueron los años también de una prodigiosa explosión de los mercados financieros a ambos lados del Atlántico Norte, y en especial en EEUU, que catapultaron hacia arriba el «efecto riqueza» de sus «clases medias». Unos mercados financieros, con *brokers* y analistas de sueldos fabulosos, que ya dominaban la política mundial, comandada también por el *glamour* de las Terceras Vías de Clinton y Blair; Terceras Vías que, como decía EL ROTO en un chiste, conducen siempre a Wall Street (y a la City de Londres, cabría quizás añadir).

Este era el mundo irreal, o más bien, absolutamente parcial, que proyectaban como modelo universal, incuestionable, los *mass media* a los cuatro rincones del globo. Esta imagen especular lograba ocultar las abundantes facetas oscuras, por no decir tenebrosas, brutales, e «insostenibles», sobre las que este modelo se sustentaba. El poder de la imagen, de su *glamour*,

era tal, que conseguía acallar todo aquello que pudiera poner en cuestión la bondad e ineluctabilidad del capitalismo (financiero) global. Además, en este período el capitalismo adopta principalmente formas de «dominio dulce», a pesar de ciertos episodios «coyunturales» de mayor o menor dimensión (Guerra del Golfo, guerras balcánicas, matanzas en Ruanda, etc),<sup>2</sup> que sirvieron para recordarnos (a través de la CNN) que se había acabado un orden viejo (el de la Guerra Fría) y que se inauguraba el Nuevo Orden Mundial, tal y como nos anunció en su día George Bush padre (el «papá» al que intentó matar, según nos dice hoy su hijo, el dictador Sadam Hussein). George Bush *senior* nos comunicó esta buena nueva, tras derrotar a Irak (un antiguo aliado contra Irán) en 1991, después de su invasión de Kuwait, y empezar a sentar sus posaderas sobre los santos lugares del petróleo. Se ampliaba el control de Occidente, y en concreto de EEUU, sobre un espacio geográfico, Oriente Medio, que alberga dos terceras partes de las reservas mundiales de crudo.

Pero el encanto de las formas de «dominio dulce» era capaz de imponerse sobre estos episodios bélicos «coyunturales», que venían a empañar la imagen edulcorada del capitalismo global. Y es más, en esos años se da un cierto «repliegue» del poder político y hasta militar (se reducen los presupuestos militares en muchos países del mundo como resultado del fin de la «Guerra Fría»), pues triunfaba el mercado, dominado por el capital transnacional productivo y, especialmente, por el financiero especulativo. Se hablaba del «Estado mínimo» (sobre todo en la Periferia) y de transformar el «exceso» de gastos militares en «dividendos para la paz». Además, «triunfaba» la democracia en todo el mundo, salvo ciertos reductos cada vez más «marginales», se nos decía, y era la época del «protagonismo» de la llamada «sociedad civil», del multiculturalismo y de una retórica a favor de la igualdad de géneros, que parecía limar las aristas más duras de las formas de dominio patriarcal.<sup>3</sup>

Las formas de «dominio dulce» se asentaban, y se asientan hoy en día (aunque estén ya en regresión), en la «ingeniería del consenso», y en interiorizar, por parte del capital, gran parte del discurso (metamorfoseado) de la «izquierda» y de los nuevos movimientos sociales que surgen a partir de los sesenta (el ecologismo, el feminismo, la solidaridad internacional, etc). Un

---

2. En esos años las NNUU participan, mediante sus «cascos azules», en una diversidad de guerras locales de «baja intensidad», de carácter intraestatal, en los países periféricos, muchas de ellas resultado de los rescoldos del antiguo conflicto entre bloques.

3. En la década de los noventa se da un gran número de cumbres de las NNUU que abordan muy diversos temas (desarrollo sostenible, población, mujer, problemas sociales, infancia, derechos humanos, etc), en las que participan activamente una gran diversidad de ONG's y que contribuyen a difundir este tipo de discurso.

verdadero lavado de imagen, llevado a cabo a través de potentes agencias de comunicación, que logra enmascarar el verdadero funcionamiento del capitalismo. De esta forma, se acuña el «desarrollo sostenible» como el mantra que permite seguir ejercitando el *business as usual* (es decir, el seguir haciendo lo mismo), en muchos casos aún más intensificado, pero simulando tener en cuenta la necesidad de cuidar del entorno natural, e incorporando medidas marginales al respecto puramente cosméticas. Se vuelve pues competitivo el «tener en cuenta» el medio ambiente y hasta los derechos humanos y las relaciones de género. El programa *Global Compact* (algo así como el Contrato Global), impulsado hacia el final de la década por las principales transnacionales del mundo, bajo el manto protector de NNUU, es una buena muestra de ello. Aquéllas se presentan ante los ojos del planeta como las defensoras del equilibrio ecológico y de la «responsabilidad social corporativa», sin ningún compromiso que las vincule, ni ningún mecanismo de control, y las NNUU, a cambio de prestar su imagen (ya seriamente deteriorada, entonces, pero todavía positiva), obtienen los recursos económicos necesarios para seguir funcionando, cubriendo de esta manera el crónico déficit económico que les resulta cada vez más oneroso satisfacer a los Estados (CEO, 2002).

La gran industria se presenta como parte de la solución de los problemas mundiales, promoviendo fórmulas de partenariado público-privado, y hasta derraman dinero sobre las ONG, si éstas se prestan también a cederles su apoyo con el fin de mejorar su imagen corporativa. Llama la atención cómo dos de las principales petroleras del mundo, BP y Shell, pasaron en la década de los noventa de oponerse a cualquier demanda medioambiental (y hasta negar el cambio climático en marcha), a presentarse a los ojos de la opinión pública mundial como importantes actores que promueven la responsabilidad en relación al entorno natural, dedicando importantísimos recursos económicos a este fin (comunicacional) y cambiando toda su imagen corporativa. El punto culminante de todo este proceso, pero también quizás el canto del cisne en torno al mismo, pues ya hemos entrado claramente en otra etapa, sería la reciente Cumbre de Johannesburgo (Río + 10). Esta cumbre se estuvo preparando por el capital transnacional productivo durante varios años con el objetivo de presentarse con todo este nuevo ropaje.<sup>4</sup> En ella no sólo se quería transmitir que los problemas medioambientales estaban en vías de solución (aunque todos los indicadores indican justo lo contrario y la situación mundial en este terreno ha empeorado sustan-

---

4. El World Business Council for Sustainable Development, el Business Action for Sustainable Development, y hasta la propia Cámara de Comercio Internacional, la máxima representación del capital transnacional productivo, abrazaron con ardor el «desarrollo sostenible».

cialmente desde la Cumbre de Río), sino que las principales transnacionales serían las protagonistas de este proceso a través de la «acción voluntaria» y de las estrategias corporativas en las que ganan todos los actores implicados, al tiempo que se mejoran los desequilibrios ecológicos (la cuadratura del círculo, las llamadas *win-win strategies*). Y en paralelo, se rechazaba el intervencionismo estatal como forma de hacer frente a los problemas ecológicos planetarios. Todo esto permite a las empresas transnacionales presentarse como verdaderos «ciudadanos globales» (como les gusta ahora llamarse, con el beneplácito y apoyo de NNUU). Es (era) el sueño del sistema capitalista el borrarse como fuerza de explotación, coerción y destrucción, e intentar infiltrarse en nuestra existencia como una dinámica natural con componentes benefactores (CEO, 2002).

A pesar de todo, estas formas de «dominio dulce» coexisten, por supuesto, con episodios concretos de comportamiento mafioso, como represión y asesinatos de sindicalistas en países periféricos, o progresivo exterminio de pueblos indígenas, pues es difícil ocultar, tras el falso *glamour*, los verdaderos comportamientos del capital transnacional en aquellos espacios periféricos donde se dan condiciones de hiperexplotación y expolio de recursos naturales (combustibles fósiles, minería, biodiversidad, etc). Sin embargo, el capital transnacional productivo se decanta en general, mientras ello sea posible, por las formas de «dominio dulce». Este tipo de capital invierte en muchos casos a medio y largo plazo,<sup>5</sup> y está claramente interesado en la estabilidad política en los espacios donde interviene, pues lo contrario se traduce en altos costes de gobernabilidad, que si no tiene que asumir (ejércitos mercenarios, policías privadas, etc). Amén del interés en cuidar su imagen, de cara a los consumidores potenciales (en especial de los países centrales). Este no es el caso del capital transnacional financiero especulativo que opera en el muy corto plazo (sus inversiones en un país pueden ser de semanas, de días o hasta, en algunos casos, de horas), y su propia actuación provoca en general una fuerte desestabilización política. De esta forma, durante la década de los noventa, en pleno «triumfo» de la «globalización feliz», la actividad del capital especulativo en los espacios periféricos, ya duramente castigados por los Programas de Ajuste Estructural del FMI y el BM de los ochenta (para garantizar el pago de la deuda externa), fue provocando crisis monetario-financieras en ascenso, que se analizan en el texto principal. Estas crisis suscitaron gravísimos impactos económicos, políticos y sociales en dichos territorios, lo que iba a contribuir decisivamente a poner fin al falso brillo del nuevo capitalismo global.

---

5. La industria petrolera, por ejemplo, invierte a 30 o 40 años.

Al mismo tiempo, también, detrás del aparente «retraimiento» de los Estados, se asistía asimismo en todo el mundo, incluido los propios espacios del «Norte», a un progresivo endurecimiento de los mismos.<sup>6</sup> El Estado no desaparecía, sino que se reestructuraba y se iba esfumando su «cara blanda» (allí donde la había desarrollado), la del Estado social, como resultado de las políticas neoliberales, y se reforzaba su «cara dura», la de la restricción de libertades y muy en concreto la directamente represiva. En plena década de la «globalización feliz» la población carcelaria de EEUU, el espacio geográfico más «beneficiado» por la globalización financiera, se duplica, el número de excluidos (*homeless*) se dispara y se inicia una verdadera criminalización de la pobreza. El objetivo era «volver ‘invisibles’ los problemas sociales más inabordables del país (...) y su creciente ruina humana» (Wacquant, 2002). Igualmente, los Estados centrales perfilan instrumentos cada vez más restrictivos contra los crecientes flujos migratorios de la Periferia, que estaban incentivando los procesos de «globalización» económica y financiera.

Del mismo modo, a pesar de la disminución de los gastos militares, la estructura militar por excelencia de Occidente, la OTAN, velaba sus armas y se adaptaba al Nuevo Orden Mundial. No sólo no se disolvía, una vez que había sucumbido por muerte natural su antiguo enemigo: la «amenaza comunista», sino que ampliaba (todavía de forma tímida —cumbre de Roma en 1991—) su posible ámbito de actuación y consagraba en Kosovo, al final de la década, su posibilidad de actuar al margen de las NNUU; eso sí, en «defensa de los derechos humanos» y a través de la legitimidad que le otorgaba el que la intervención fuera una «injerencia humanitaria». Esta doctrina quedaría recogida en la cumbre de Washington, en abril de 1999, con ocasión del 50 aniversario de la Alianza. Una alianza ya ampliada a algunos países del Este (Polonia, República Checa y Hungría), que establecía acuerdos de cooperación con el resto de los países miembros del Pacto de Varsovia y hasta con la propia Rusia. Se da una situación verdaderamente esquizofrénica. Por un lado, el colapso del llamado «socialismo real» provoca una verdadera ruina y bancarrota de estos países, que se ven obligados a integrarse en el capitalismo global en una situación muy marginal y dependiente. Y por otro, su capacidad militar hace que Occidente (y en concreto EEUU) los mime y los integre en su estructura de «defensa», o los atraiga hacia ella, con el fin de desactivar su potencial conflictividad.

---

6. El propio BM pasa en pocos años de propugnar el «Estado mínimo» a impulsar la necesidad de un Estado fuerte que garantizase los intereses del capital transnacional y la gobernabilidad. De repente, se revela como una falacia que el Estado ya no era necesario.

### Tres acontecimientos certifican el fin de la «globalización feliz»

Pero el siglo XX se acababa irremisiblemente y con él la década de la «globalización feliz», el *glamour* cada vez era más incapaz de acallar el desorden (y la contestación) mundial que el despliegue del capitalismo (financiero) global provocaba. Y tres importantes acontecimientos iban a terminar de certificar su muerte prematura y el inicio de una nueva etapa del capitalismo global, y de sus nuevas formas de dominio (fuerte): la «guerra global permanente». Estos tres acontecimientos iban a ser la irrupción del movimiento «antiglobalización» en Seattle en noviembre de 1999, el inicio del estallido de la burbuja financiero especulativa en marzo de 2000 y los atentados del 11-S. Analicemos, aunque sea muy someramente, cada uno de estos acontecimientos.

El llamado movimiento «antiglobalización» nace «oficialmente», mejor dicho mediáticamente, en Seattle, cuando una verdadera «nube de mosquitos», como se le ha llegado a caracterizar, logra paralizar el inicio de la celebración de la Cumbre del Milenio de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que dos días después acabaría en un completo fracaso. Las estructuras de poder se quedan estupefactas. Y el aldabonazo, gracias a los *mass media*, también, sonaría en el mundo entero. Por primera vez en más de treinta años (desde los años sesenta —1968—) una verdadera contestación global se gesta contra los centros del poder constituido y asoma la cabeza un verdadero poder constituyente, que ya venía gestándose desde hacía años,<sup>7</sup> pero que no irrumpe abiertamente en escena hasta Seattle. A partir de ahí una verdadera marea de contestación global se cierne contra las reuniones de las instituciones globales: el FMI, el BM y la OMC, que alcanza también a las cumbres de la UE (Gotemburgo, Niza... Barcelona), a las convenciones republicanas y demócratas en EEUU, y al propio G-7 (G-8) en Génova.<sup>8</sup> En Génova más de 300.000 personas se lanzan a la calle a denunciar el capitalismo (financiero) global, a pesar del clima de terror que había creado la

---

7. Actividades de contestación contra el FMI y el BM en Berlín (1988), creación de Vía Campesina (1991), 500 años de Resistencia (1992), contestación a la Cumbre de Río (1992), oposición al TLC (1992-94), Campaña contra la Ronda Uruguay del GATT (1993-4), 50 Años Bastan —campaña contra el FMI y el BM— (1994), Rebelión Zapatista (1994), campaña contra el AMI (1997-8), Encuentros Intergalácticos contra el Neoliberalismo y por la Humanidad (1996-7), constitución de la AGP en 1998, Días de Acción Global (18-6-1998), campañas contra transnacionales —Monsanto, Nestlé, Nike, Bayer, Mc Donalds...—, movilizaciones contra la cumbre de Ámsterdam (Marchas Europeas contra el Paro), etcétera.

8. En la convocatoria de estas movilizaciones iba a cumplir un papel importante la llamada Acción Global de los Pueblos (AGP), una coordinadora anticapitalista de movimientos de todo el mundo que se crea en 1998 en Ginebra.



policía de Berlusconi desde hacía días y que había acabado previamente con la muerte de Carlo Giuliani. Igualmente, la creación del Foro Social Mundial (FSM) en Porto Alegre (Brasil), en enero de 2000, como contrapunto a la reunión de la élite económica mundial en Davos (Suiza), iba a tener una enorme repercusión internacional, que se consolidó en su edición de 2001, a pesar de los intentos de la socialdemocracia por capitalizar este Foro.<sup>9</sup> A partir de entonces, el FSM se está diseminando por los distintos continentes a través de Foros Regionales, como el reciente Foro Social Europeo de Florencia. Todo ello iba a ocasionar una profunda deslegitimación de las instituciones globales y una grave quiebra de la imagen benefactora de la «globalización» que había proyectado la Aldea Global.

En paralelo, desde de marzo de 2000 (hasta ahora), los mercados financieros empiezan a desinflarse, pinchándose el globo especulativo cuyo centro mundial era (y es) Wall Street. Primero empieza el Nasdaq, quebrándose la burbuja financiera de la «nueva economía», y ésta arrastra a Wall Street y a las bolsas de todo el mundo, en especial a las europeas. En Japón ya venía sucediendo este proceso desde principios de los noventa. Lo cual destruye la riqueza ficticia generada por la «exuberancia irracional» (como la caracterizaría Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal) de los mercados financieros. Y ello afecta de lleno (aunque era tan sólo el inicio) al «efecto riqueza» que habían disfrutado, especialmente durante los noventa, las «clases medias» de EEUU y «Europa», mientras los países periféricos eran azotados por las crisis monetario-financieras. Este es un importante elemento adicional que contribuye a disolver el *glamour* de la «globalización feliz», pues repercute en el «bolsillo» de sus principales «beneficiados».

Y en estas circunstancias tienen lugar los acontecimientos del 11-S, cuando Occidente (y en concreto EEUU) es atacado en su corazón financiero, un hecho de enorme trascendencia, por un nuevo actor que cuestiona el orden global: sectores (radicales y fanáticos) del fundamentalismo islámico; estos sectores habían sido apoyados, en su día, por el propio EEUU, en su lucha contra la URSS y su ocupación de Afganistán. Esto crea, podríamos decir, un conflicto «postmoderno» lanzado desde la «premodernidad», en el que se ha utilizado «el suicidio como arma de lucha en el mayor acto nihilista de la historia (...) La dimensión «absoluta» del acontecimiento nos deja ante una radical desfundamentación del orden (...), (pues interrumpe), como lo hace todo verdadero acontecimiento, las relaciones de sentido y poder» (López

---

9. Finalmente, el tema de la guerra, es decir, la condena de la intervención en Afganistán, marcó una línea que no pudieron superar los pocos, pero significados, representantes de la socialdemocracia europea, en el llamado Foro de los Parlamentarios en Porto Alegre.

Petit, 2001). El 11-S marca, pues, un verdadero punto de inflexión, y a partir de entonces las formas de «dominio fuerte» del capital (cuyo epicentro se sitúa en EEUU, y en un segundo nivel en el Reino Unido; curiosamente los dos centros principales del capital financiero global) se están imponiendo decisivamente sobre las formas de «dominio dulce», que no desaparecen pero que se empiezan a retraer sustancialmente, condicionadas por las nuevas estrategias de «guerra global permanente».

Esta «guerra global permanente» se justifica en nombre de la lucha contra el «terrorismo internacional», el nuevo enemigo de carácter difuso, una vez que ha desaparecido la «amenaza comunista». Y detrás de una definición consistentemente vaga y ambigua de lo que es el «terrorismo internacional», asistimos a la proclamación de un verdadero estado de excepción planetario en la lucha contra el mismo. Lo cual está significando la progresiva instauración de una verdadera política interna estatal única mundial, que es aprovechada para intentar arrasar con cualquier disidencia que cuestione las estructuras de poder; incluidos por supuesto todos los movimientos sociales que signifiquen un peligro para el orden vigente y especialmente el llamado movimiento «antiglobalización», el movimiento de movimientos. Al mismo tiempo se difuminan las fronteras entre el enemigo externo e interno y se configura al «otro» (el inmigrante) como el nuevo enemigo interior a batir. Y en paralelo, se profundiza en la lucha contra la delincuencia y la criminalización de la pobreza, dentro del clima de «tolerancia cero» que se instaura, que rinde sustanciosos réditos electorales y que permite una relegitimización del poder político, seriamente cuestionado en la etapa previa. Como resultado del 11-S el poder político-militar se toma, por así decir, la revancha y plantea que el capitalismo (financiero) global no puede ser gestionado sin una implicación creciente del mismo. El mercado global no puede funcionar de manera «autorregulada» sin contar con el poder político y, en concreto, con la mano de hierro del poder militar. Hemos entrado de lleno en la fase de militarización de la «globalización», en la que EEUU, y en menor medida Gran Bretaña, son su brazo armado. Y en la que EEUU actúa de forma unilateral, sin voluntad de compartir ni negociar el poder.<sup>10</sup>

Todo ello se reviste de un nuevo discurso, simplista y maniqueo, de lucha del Bien (los intereses de EEUU) contra el Mal (todo aquello que lo cuestione), bajo la rúbrica de que todo aquél que no esté con el «Nosotros» de la hiperpotencia está claramente contra ella. Se ha llegado a definir hasta un Eje del Mal (Irak, Irán y Corea del Norte). Además, contra el Mal absoluto

---

10. De ahí su rechazo a todo el marco multilateral: Tribunal Penal Internacional, Protocolo de Kioto, etcétera.

todo está permitido, y no cabe negociación alguna. Y en esta lucha épica, los Derechos Humanos (etnocéntricos y masculinizados) se convierten en una rémora del pasado, que es preciso eliminar progresivamente. Todo está permitido en esta lucha sin cuartel de la «guerra global permanente», desde la tortura (y la creación de «Guantánamos»), al cuestionamiento del derecho internacional, pasando por la puesta en tela de juicio de la «democracia». Quién esté contra el «terrorismo internacional» está con el «Nosotros», sea el régimen que sea. No estamos ya en un ciclo de gobernación mundial que defiende la «democracia». Se consolida un discurso que se intenta legitimar exclusivamente en base a la fuerza y al miedo colectivo, en el que se defiende hasta el terrorismo de Estado. La CIA ha vuelto a recuperar su licencia para matar. El Estado de derecho, una construcción de siglos, está saltando por los aires. Y también un orden internacional basado, en principio, en el respeto a la soberanía estatal. Un viejo orden internacional cuyos principios rectores se establecieron con la Paz de Westfalia (1648), hace ahora más de trescientos cincuenta años.

### **Los intereses que se mueven detrás del nuevo Nuevo Orden Mundial**

Esta concepción del nuevo Nuevo Orden Mundial queda meridianamente establecida en la nueva Concepción Militar Estratégica diseñada por EEUU, en septiembre de 2002, después de que George Bush adelantara en su discurso de West Point, en junio de dicho año, la posibilidad de lanzar «guerras preventivas» contra aquellos Estados que considerase un peligro para su seguridad. Lo cual no es sino una globalización del terrorismo de Estado contra cualquier posible «exceso de soberanía» estatal. Pero esa nueva estrategia militar va aún más allá, pues se plantea, de forma explícita, el impedir (por la forma que sea) el desarrollo de cualquier potencia militar que pueda cuestionar su hegemonía. Y toda esta nueva concepción ha sido trasladada, para su aceptación, a la nueva estrategia militar de la OTAN, en la cumbre de Praga, de noviembre de 2002 (en la que han ingresado siete nuevos países del Este, algunos de los cuales llegaron a estar en la ex-URSS). Una nueva OTAN a la que se había vinculado ya a Rusia (aunque no como miembro de pleno derecho), en Roma, en junio de 2002. En la nueva estrategia de la OTAN, que se considera tan sólo una prolongación (en caso de necesidad) del poderío militar estadounidense y una manera de supeditar a los países miembros (y muy en concreto a las principales potencias de la UE) a su hegemonía, se contempla un ámbito de intervención de la Alianza que ya es claramente el mundo entero; y se establece que un objetivo de su intervencionismo sea también la lucha contra el «terrorismo internacional», cuyo contenido no se especifica. No habrá pues fronteras que frenen la lucha contra el «terror», sea éste la amenaza que sea. Y en Praga, también, se crea una

Fuerza de Intervención Rápida,<sup>11</sup> para que pueda actuar en cualquier parte del mundo siempre que la situación (esto es, que EEUU) lo requiera.

¿Pero a qué poderosas razones se debe todo este cambio de estrategia? ¿Cuáles son los intereses que se mueven detrás de todo este brutal cuestionamiento del orden internacional? ¿Responde sólo a los locos designios de la nueva Administración Bush? ¿O están en juego poderosos intereses económicos y, sobre todo, monetario-financieros? Se ha hablado mucho de los intereses de EEUU por controlar los recursos naturales estratégicos, y muy en concreto el petróleo. Pues todo indica que entre 2010 y 2020 la demanda mundial de crudo superará a la capacidad de la oferta que haya en ese momento, a pesar de las costosas inversiones que se puedan realizar para incrementar la capacidad de extracción (rentable) (Rifkin, 2002). Indudablemente, las guerras por la apropiación de recursos básicos para la expansión del capitalismo global serán una constante en las próximas décadas, y la mayoría de esos recursos se encuentran hoy en los espacios periféricos, por lo que es de prever que el intervencionismo en los países periféricos se acentúe si Occidente, y en concreto EEUU, lo considera necesario (Klare, 2001). Sin embargo: ¿explica esta necesidad de control de los recursos petrolíferos las nuevas estrategias de la hiperpotencia, de corte fuertemente militarista?;<sup>12</sup> o existen otros factores que permiten elaborar una comprensión más compleja de lo que realmente está en juego. Esto es: ¿se puede explicar la futura guerra contra Irak (seguramente presente cuando este texto vea la luz) en base exclusivamente a la necesidad por parte de EEUU de controlar las fuentes del oro negro y rediseñar también geopolíticamente Oriente Medio? Personalmente pienso que no, a pesar de que Irak sea el segundo país en reservas de petróleo del mundo, después de Arabia Saudí. Y opino que existen otros factores de enorme importancia, entre los cuales destacan los aspectos monetario-financieros, y muy en concreto el apuntalamiento del llamado Régimen Dólar-Wall Street (cuya funcionamiento y crisis se intenta analizar en este libro), que permiten completar la comprensión de esta huida hacia adelante de EEUU (y el Reino Unido).

---

11. De claro contenido agresivo y que compite con la Fuerza de Reacción Rápida de la UE, cuyo carácter se contempla más vinculado a misiones de «mantenimiento de paz».

12. En el caso del crudo, EEUU depende en un 50%, aproximadamente, para sus necesidades de consumo interno del exterior, la UE en torno a un 70%, y Japón, el más dependiente, en un 90%. Estos porcentajes se irán incrementando por supuesto en el futuro, como resultado del incremento de la demanda, y al mismo tiempo se consolidarán nuevos demandantes masivos de petróleo como China. Es por eso por lo que se está intensificando la explotación de recursos petrolíferos en muchas áreas del globo: Rusia, África Occidental, América Latina, Asia Central, pero a pesar de las nuevas prospecciones son los países de Oriente Medio los que disponen de las reservas más importantes del mundo —dos terceras partes— (Castro Soto, 2001; CE, 2000).

Las nuevas estrategias de «guerra global permanente» no se pueden comprender en todas sus dimensiones sin considerar el importantísimo papel que hoy, más que nunca, juegan los aspectos monetario-financieros en la evolución del capitalismo (financiero) global. El creciente unilateralismo de EEUU no podría entenderse sin considerar, también, la amenaza que significa para el Régimen Dólar-Wall Street la irrupción del euro, pues la moneda única puede cuestionar la hegemonía del dólar a medio plazo, de hecho lo está empezando a hacer ya. Y es dentro de esta nueva perspectiva que la intervención contra Irak cobra nuevos significados. Esto es, como un intento de reforzar, como veremos, el Régimen Dólar-Wall Street, al tiempo que se intenta desactivar, también, de alguna forma, la amenaza del euro. Es por eso por lo que por primera vez en los últimos sesenta años surgen serias tensiones entre los principales centros de poder occidental. Acompañados, indudablemente, por un creciente abismo que separa a los Estados centrales de los espacios periféricos, que será preciso gobernar, de cara al futuro, *manu militari*. Y aquí también los aspectos monetario-financieros cumplen un papel cada día más importante, y permiten elaborar igualmente una explicación más compleja, que la «simple» (pero muy importante) necesidad de control de los recursos básicos (y de los corredores de transporte por donde transitan) para la expansión del capitalismo global; pues dichos límites ecológicos no son un escenario acuciante en el muy corto plazo, aunque lo serán indudablemente a medio y largo plazo. De esta forma, la previsible quiebra de Estados periféricos, incapaces de hacer frente a su deuda exterior (Argentina es un buen ejemplo de ello), y la necesidad de arbitrar, en el próximo futuro, fórmulas de intervencionismo exterior para resarcir los intereses de los acreedores, es otro componente más, de gran importancia, como se analizará, que permite complementar la «necesidad» de EEUU de embarcarse en estrategias de «guerra global permanente».

### **El fin del mito del desarrollo**

Las tensiones Centro(s)-Periferia(s) no harán sino agudizarse de cara al futuro. El nuevo capitalismo (financiero) global está provocando una verdadera caída en el abismo de las Periferias, que además son abandonadas a su triste suerte. Lo acontecido en los últimos años demuestra que se pueden excluir naciones enteras (caso de Argentina, por ejemplo), e incluso continentes enteros, como África. Antes, el capitalismo en su expansión incluía a territorios y hasta (en parte) a sus poblaciones, eso sí, destruyendo sus formas de vida tradicionales, pero el nuevo capitalismo (financiero) global excluye más que integra, tanto en el Centro como en las Periferias, pero muy especialmente en éstas últimas. Así, por ejemplo, «la expansión de la agricultura industrializada pone en peligro la existencia de la mitad de la humanidad», aquella que todavía pervive en el mundo rural desarrollando formas de agricultura tradi-

cional. «El capitalismo global ha iniciado una gran ofensiva mundial contra la agricultura campesina (...) La lógica que dirige este sistema no está ya en condiciones de asegurar la simple supervivencia de la mitad de la humanidad» (Amin, 2002).<sup>13</sup> Además, es de resaltar la importancia geopolítica que tiene la agricultura y el control que los países centrales tienen sobre la producción mundial de alimentos básicos, que se está utilizando también como un arma política de primer orden.

Se podría pues afirmar que la mitad de la humanidad es absolutamente «inútil» para el capitalismo global actual (pues no cuentan ya ni como productores ni como consumidores), y que se quiera o no se quiera más de tres mil millones de personas están condenadas, a medio y largo plazo, a ser excluidas. Hoy en día la amenaza mayor es la exclusión absoluta, más que la explotación. Además, ya no hay espacios «vírgenes» en el mundo para que toda esta población emigre, como ocurrió a finales del siglo XIX y primeros del XX, cuando la población europea expulsada por la modernización de sus respectivos países emigró en masa hacia «nuevos» territorios. Hoy las migraciones masivas son un componente fundamental de la expansión del nuevo capitalismo. La inmensa mayoría de los movimientos migratorios se da dentro de las propias Periferias (es decir, son Sur-Sur o Este-Este), pero también crecientes volúmenes de población inmigrante pugnan por penetrar, como sea, en las fortalezas del «Norte», intentando escapar de la exclusión masiva. Y es entonces, sólo entonces, cuando estos excluidos se hacen visibles, irrumpiendo en la cultura de la satisfacción de Occidente.

La ilusión del «desarrollo» para todos, y en particular para los países periféricos, hacía tiempo que estaba en crisis, y la situación brutal creada por las crisis monetario-financieras en las Periferias Sur y Este a lo largo de los noventa ha hecho que el mito del desarrollo se termine de desmoronar. La era del «desarrollo» que inauguró el presidente Harry Truman, en 1949, en su famoso discurso de toma de posesión, como señuelo ideológico para los países periféricos, de cara a atraerlos al área de influencia occidental, ha demostrado ser un espejismo, mejor dicho una verdadera pesadilla (Esteve, 1994). Es imposible el «desarrollo» para todos, pues el «desarrollo» continuo del Centro conlleva indefectiblemente el «subdesarrollo» de las Periferias, aunque haya pequeñas islas en éstas que se «desarrollen», de forma frágil y absolutamente dependiente. El «desarrollo» y el «subdesarrollo» son la cara

---

13. La relación de productividad de la agricultura mejor equipada y la agricultura campesina pobre, que era de diez a uno antes de 1940, es hoy de 2000 a 1 (Amin, 2002). Eso sí, esa alta productividad se basa en un alto consumo de derivados del petróleo y un elevado impacto ambiental.

y la cruz de la misma moneda (el proyecto modernizador capitalista), y no puede existir el uno sin el otro. Sobre todo en el mundo del nuevo capitalismo (financiero) global, que impulsa un nuevo tipo de «desarrollo» con bastantes más naufragos que navegantes.

A pesar del fuerte crecimiento de la economía mundial en los últimos sesenta años<sup>14</sup> y de la aún mayor intensificación de los flujos comerciales planetarios, los países periféricos no hacen sino caer en una sima que parece no tener fondo; el caso de Argentina, uno de los principales exportadores mundiales agropecuarios, con su población muriendo literalmente de hambre, es paradigmático. Tan sólo sus elites económicas y políticas se salvan (y son la causa) de su precipitación en el abismo, pues sus intereses no están vinculados a los de sus pueblos, sino a los del capitalismo (financiero) global. Las elites son el único sector social que se ha beneficiado del «desarrollo», pues sus reducidas «clases medias» (allí donde se formaron) están desapareciendo como consecuencia de las crisis monetario-financieras que provoca el nuevo capitalismo especulativo. De esta forma, los Estados periféricos, en general, obedecen más a los intereses externos que a las demandas internas, que son absolutamente marginadas. Todo ello está provocando una aguda crisis de legitimidad de las estructuras estatales periféricas, cuando no directamente la quiebra de las mismas; muchas de las cuales tienen menos de cincuenta años y fueron diseñadas, durante el proceso descolonizador, copiando el modelo del Estado-nación occidental, sobre realidades étnicas y culturales muy complejas. No por casualidad, desde los centros de poder occidental cada vez se habla más de Estados «frágiles» o «fallidos», para referirse eufemísticamente a estas realidades, plagadas en general de conflictos étnicos.

### **Caminando hacia el «choque de civilizaciones» (y posibles «soluciones finales»)**

Y en este sentido, es en el que se está desarrollando la configuración de un nuevo enemigo desde los centros de poder occidental: las Periferias; pues éstas se perciben como el espacio de donde pueden provenir los retos principales para el dominio del Centro sobre el conjunto del planeta. Se está desarrollando toda una nueva concepción de la «manera de vivir y estar en el mundo. De pensarse a sí mismo —a las poblaciones de los países occidentales, en este caso— y a los demás: al Otro culturalmente hablando». Y en esta deriva se recurre al «Choque de Civilizaciones» para aglutinar a la población

---

14. En la segunda mitad del siglo XX el comercio mundial ha crecido tres veces más que la producción (Naredo y Valero, 1999).

occidental contra esta «nueva amenaza». «Se proyecta tal mirada sobre el Otro que se camina hacia la grosera profecía de Huntington, como si se pretendiera conscientemente hacerla realidad» (Hernández Holgado, 2003). Y hay que tomarse muy en serio la amenaza de Huntington, pues la amenaza puede cumplirse, como ya ha ocurrido en otros momentos de la Historia. El discurso de Huntington, al contrario que el de Fukuyama, no pretende ser universalista, «ya no apunta a la occidentalización del mundo, sino a la encastillada defensa de Occidente frente al resto del mundo» (Pérez Tapias, 2003), y se adapta como anillo al dedo a las nuevas formas de «dominio fuerte» que impulsa en la actualidad EEUU, como director incuestionable (e incuestionado) de la política internacional de Occidente, y a la nueva realidad de creciente exclusión de espacios geográficos cada vez más amplios y de conflictos en ascenso entre el Centro y las Periferias.

A este respecto, la guerra que desarrolla ya desde hace años Israel (un volcán fuera de control) contra el pueblo palestino, que se ha recrudecido sustancialmente desde que el tandem Bush-Sharon está en el poder, y la dinámica en que han entrado sectores (radicales y fanáticos) del fundamentalismo islámico, amenaza con ser una pinza mortal que convierta el «Choque de Civilizaciones» en una profecía autocumplida, de un etnocentrismo a la defensiva. Máxime tras la situación que va a provocar con toda seguridad la guerra contra Irak, en todo el mundo árabe-musulmán, pues va a resultar muy difícil convencer a sus poblaciones de que Occidente no está compra el mundo islámico en su conjunto. Especialmente si Israel aprovecha la situación para un aplastamiento definitivo del pueblo palestino, forzando su expulsión de lo que le queda aún de sus territorios. Además, el hecho de que la nueva OTAN ampliada recoja prácticamente a todo el mundo judeo-cristiano de los países centrales (al haber incorporado a su área ortodoxa), y que su área de intervención sea ya el resto del mundo y, muy probablemente, enclaves del mundo islámico (debido a sus recursos estratégicos), puede traducirse en que los futuros conflictos entre el Centro y dicha Periferia islámica se lleguen a convertir en unas nuevas «Guerras de Religión del Siglo XXI»; sobre todo por el discurso que está imprimiendo EEUU a su actitud cada vez más agresiva, en el que la apelación a «Dios» («Dios bendiga a América»), está cumpliendo un papel cada día más relevante.

Todo ello avicina una brutal guerra de la propaganda. El Pentágono está montando una verdadera Oficina de la Mentira. La mentira, la intoxicación y la irracionalidad se van a industrializar. Esta es la «nueva» forma en la que el poder va intentar (vanamente) legitimarse. El nuevo discurso de la Aldea Global será el de la guerra, marginando cada vez más al del *glamour*, aunque no al de la imbecilidad colectiva programada que se ha expandido sin límite en los últimos años. Bush ha reclamado que Hollywood tiene que adaptar sus



nuevos productos culturales a estos nuevos escenarios, y que recrudezca aún más su mensaje de que la solución de los problemas mundiales sólo se podrá hacer *manu militari*. Una vía militar que conducirá EEUU con el apoyo explícito, o tácito, parece, del conjunto de los países del mundo. En este contexto, las NNUU, o se adaptan a este nuevo orden (que lo está haciendo, aunque sea a regañadientes) o como ha dicho Bush, se volverán irrelevantes. Se pretende, pues, la normalización de la guerra como forma de resolución de los conflictos internacionales. Pero este nuevo discurso es difícilmente legitimable para amplísimos sectores de la población mundial, pues sus intereses quedan absolutamente al margen (es más directamente amenazados), por este nuevo «hegemonismo» de Occidente, liderado sin contemplaciones por EEUU. Y aún hay más, y es que determinados sectores del capital (especialmente el capital productivo) y ciertos países occidentales pueden sentir que no es esta la forma, todavía, de garantizar sus intereses, sino que los puede poner en entredicho.

A este respecto, llama la atención cómo el Foro Económico Mundial de Davos, que agrupa principalmente a la flor y nata del capital productivo, y a la «mejor» *intelligentia* del sistema, se desmarca del Choque de Civilizaciones que se pretende y apuesta por el diálogo entre las mismas. Su edición de este año, a finales de enero de 2003, se plantea bajo el título «Crear Confianza» y apuesta por la creación de un Consejo de Cien Líderes Mundiales, que ayude principalmente a soldar la línea divisoria entre Occidente y el Mundo Islámico que se ha agrandado a partir del 11-S. Y ya en su edición de 2002, se distanciaba del militarismo de la Administración Bush y se acercaba a las posiciones más «atemperadas» de «Europa». Al mismo tiempo que desde hace dos años lanza guiños a distintos líderes del Foro Social Mundial, a los que invita a sus encuentros, con el fin de intentar desactivar antagonismos y promover puentes, pues sabe que (como decía Max Weber) es mejor (y más barato) intentar gobernar desde la legitimidad, que desde las bayonetas. Y diferentes empresas transnacionales estadounidenses (Starbucks Caffées, McDonalds, Ralph Lauren y hasta Coca Cola) han mostrado su preocupación por cómo la estrategia belicista de Bush está afectando (y afectará) a su imagen y a sus ventas en el mundo (Verdú, 2003). No en vano sus marcas están asociadas al *american way of life*, y si crece el «antiamericanismo» caen sus beneficios.

La misma «Europa» es incapaz de expresar un rechazo claro a esta actitud «imperial» de EEUU, pues existe una importante división interna en torno a la postura a adoptar ante la hiperpotencia, en especial respecto a la intervención contra Irak. Gran Bretaña, Italia y España ya se han posicionado claramente del lado del «amigo americano», y muy especialmente el gobierno Blair, que comparte las ansias belicistas con EEUU. Tan sólo Francia y Ale-

mania tendrían el peso específico suficiente para mantener una postura independiente. Sin embargo, Francia vacila respecto a un posible apoyo (eso sí, si se da la intervención bajo la cobertura de las NNUU, dice), y Alemania, en principio opuesta, sopesa la actitud a mantener en el Consejo de Seguridad. Sin embargo, en las últimas semanas (antes del cierre de esta edición) se están observando pronunciamientos contra la guerra contra Irak en las más altas instancias de la UE. Prodi ha manifestado su oposición a la intervención, y Solana (mister PESC) ha planteado que se están dando «las semillas de una posible ruptura entre EEUU y Europa» (Solana, 2003). De cualquier forma, Washington utilizará, llegado el caso, su capacidad para imponer la decisión que tome a los posibles países díscolos de la UE, a través de la estructura militar de la OTAN; de hecho ya ha reclamado su apoyo, con lo cual se demostrará, una vez más, muy probablemente, el dicho de que la UE es «un gigante económico, un enano político y un gusano militar». En todo caso, los países de la UE (que sean de la OTAN) serán llamados (aparte de para brindar apoyo logístico) para ayudar a la «reconstrucción» y al «mantenimiento de la paz», una vez realizada la intervención.

De cualquier forma, mucho nos tememos que la lógica de la «guerra global permanente» ya está totalmente lanzada, y que muy probablemente derivará en formas de gestión del capitalismo (financiero) global cada vez más autoritarias (una especie de «fascismo dulce»), en las que no son en absoluto descartables soluciones de corte directamente totalitario (caminamos velozmente hacia ellas), y ni tan siquiera nuevos episodios de genocidios masivos. George Bush ya ha amenazado con la posibilidad de recurrir al uso «preventivo» (también) del arma nuclear contra posibles enemigos. El Holocausto, o Hiroshima y Nagasaki, no han sido «accidentes» en la historia del capitalismo y pueden convertirse otra vez en una nueva y cruda realidad. Se están dando las condiciones para que vuelvan a resurgir, como una forma de gestionar un mundo donde sobra mucha gente. Muchísima. Especialmente en sitios donde hay mucho petróleo (que se puede extraer con poca mano de obra) y mucha población («indeseable»). Y sobre todo en un contexto en el que el poder actúa ya de forma absolutamente despótica y sin ninguna moral, a pesar de que el gobierno Bush (lleno de plutócratas multimillonarios sin escrúpulos) rece al principio de cada reunión (según nos cuenta la prensa), pues está permitido cualquier cosa en el camino hacia la obtención de beneficios. El capitalismo (financiero) global, el único realmente existente, hoy en día, se está convirtiendo «en un modelo próximo al de la mafia, que parece que está llamado a tomar el relevo tanto en el mundo de los negocios como en el de la política» (Amin, 2002).

## Se refuerza el dominio patriarcal y se acaba el multiculturalismo

Las formas de «dominio fuerte», las estrategias de «guerra global permanente», están rediseñando las relaciones de género en todo el mundo, permitiendo un endurecimiento de las formas de dominio patriarcal. Después de unos años en que la movilización y concienciación de las mujeres en el conjunto del planeta había conseguido ciertos logros e impuesto una cierta dulcificación, al menos en las formas y en la retórica, del dominio patriarcal, hoy en día asistimos a una remitologización del modelo masculino («Vuelve el Hombre» o «Vuelve el Héroe») en el nuevo discurso del poder. Se procede a la gestación de un nuevo estereotipo masculino que sirva como modelo ideológico de referencia. El objetivo es frenar la expansión del cuestionamiento del modelo de dominio patriarcal que había impulsado el movimiento feminista en las últimas décadas, y poner coto a la propagación de las ideologías «pacifistas» que habían ganado espacio desde los ochenta, en un momento en que el modelo necesita operar cada vez más violentamente para intentar controlar el progresivo desorden que su propio despliegue comporta e imponer sus intereses *manu militari*.

El capitalismo (financiero) global de los noventa, bajo una retórica pretendidamente igualitaria respecto de las relaciones de género, ocultaba su carácter patriarcal. Como dice Chusa Lamarca (2001): «a pesar de los logros de las mujeres, las reglas del juego siguen siendo masculinas y a esto se suma que la globalización es en sí misma androcéntrica. Sus valores son la competencia, el egoísmo, el individualismo, la compraventa, el beneficio por encima de todo, la razón instrumental y la ausencia de ética. La globalización obedece a la lógica de un solo género, induce a pensar, sentir y funcionar en clave típicamente masculina». Aparte de que las políticas neoliberales estaban agudizando la situación de dependencia, precariedad y pobreza de las mujeres. Pero la irrupción de la nueva lógica de guerra permanente está significando un verdadero terremoto en las parcas conquistas logradas por las mujeres, su presencia en el espacio público, la regresión de los valores «femeninos», la degradación de los sentimientos, etc. La situación periférica de las mujeres se está intensificando en el nuevo mundo de la guerra global permanente, al tiempo que se recrudece el dominio patriarcal, agigantándose la brecha entre géneros.

La nueva lógica de guerra no sólo desprecia a la gran mayoría de la humanidad, desprecia muy especialmente a las mujeres, «esa inmensa minoría silenciada que constituye la mitad de dicha humanidad» (Lamarca, 2001). El discurso bélico impone la violencia como forma de resolución de conflictos. Caen las visiones más modernistas de la vida y vuelven, con redoblada intensidad, los discursos más conservadores, religiosos y tradicionalistas, con con-

cepciones reaccionarias en lo que a las relaciones de género se refiere. En este discurso, la mujer es, en todo caso, el «descanso del guerrero». Y en un mundo donde se expande el caos y la ingobernabilidad (no antagonista), la guerra civil a todos los niveles, en donde predomina la ley del más fuerte y la violencia, en donde la desestructuración social margina a los más débiles, los escenarios se vuelven particularmente tenebrosos para las mujeres. En especial en los espacios más periféricos, más degradados, donde reinan los «señores de la guerra» y las bandas del crimen organizado; pues en ellos, si eres un hombre y tienes un arma, tienes bastantes más probabilidades de sobrevivir.

En el mismo altar de la lógica de guerra se está sacrificando el multiculturalismo, que sin poner abiertamente en cuestión la colonialidad del poder, había al menos significado un tímido intento (logrado tras décadas de lucha por los derechos civiles) de cara a que cada cultura y grupo étnico tuviera un espacio reconocido (eso sí, jerarquizado, limitado y en gran medida cerrado) durante la «globalización feliz». Hoy en día eso está dejando abiertamente de ser así. No sólo se recrudece a todos los niveles abiertamente el racismo (fomentado por el auge de la extrema derecha), sino que determinados colores de piel y determinados lugares de procedencia son directamente criminalizados, de forma muy especial todas aquellas personas provenientes del mundo árabe-musulmán. En este sentido, «el discurso del 'Choque de Civilizaciones', bien armado, está destinado a fomentar el racismo 'occidental', y a hacer aceptar a la opinión pública el inicio de un (verdadero) *apartheid* a escala mundial» (Amin, 2002).

### **La «inevitabilidad» de una guerra global permanente «insostenible»**

Desde las principales estructuras de poder del capitalismo (financiero) global se nos intenta presentar la lógica de guerra permanente como algo irremediable o inevitable, y es más, como un verdadero destino inexorable. Se nos ha llegado a decir que la guerra contra el «terrorismo» es una guerra sin fin, que puede que no acabe nunca. Es decir, que nunca habrá un desfile de la Victoria, dentro del nuevo marco del «dominio fuerte» del capital. Entramos pues en un universo de guerra (social) constante. Pero el capitalismo siempre se ha basado, para su expansión, en lógicas de guerra, aunque también en la capacidad para integrar conflictos, pues la guerra era un instrumento al que había que recurrir, pero, en general, relativamente excepcional («la continuación de la política por otros medios», según Clausewitz). ¿Qué hay pues de nuevo en la situación actual? ¿Por qué la necesidad de la guerra permanente? ¿Hemos entrado en una nueva fase del capitalismo que es consustancial con la lógica de guerra? Es decir, que es inconcebible sin la mis-

ma. Y si esto es así: ¿es este escenario «sostenible»? ¿No augura este escenario algo absolutamente nuevo en la historia de siglos del capitalismo? Y si ello es de esta forma: ¿en qué consiste tal novedad? ¿Es acaso una crisis estructural? Intentemos contestar, de forma no ordenada, y forzosamente escueta, a algunas de estas cuestiones.

La hegemonía estadounidense en el nuevo capitalismo global, y en especial el Régimen Dólar-Wall Street, se está convirtiendo, como apuntaremos en el texto principal, en un proyecto de EEUU contra el resto del mundo. Dicha hegemonía está atravesando por una profunda crisis, aunque las apariencias (el superpoderío militar estadounidense) nos intenten mostrar lo contrario. Arrighi y Silver (2001) nos alertan acerca de cómo a lo largo de la historia del capitalismo las crisis de hegemonía siempre han manifestado una etapa final, una *belle époque* (caracterizada por una fuerte expansión financiera), que aparenta ser un resurgir o apuntalamiento de su hegemonía, cuando lo que anuncia es su crisis final. Las crisis de hegemonía siempre se han resuelto, de forma convulsa, con fuertes conflictos político-militares en el sistema mundo capitalista e intensificación de la conflictividad social antagonista, hasta que una nueva potencia ha sido capaz de desbancar al hegemon en declive e imponer y garantizar una nueva hegemonía que es aceptada por el conjunto de países del sistema-mundo capitalista.<sup>15</sup> Esta nueva hegemonía se legitima porque es capaz de promover un nuevo período de expansión mundial de las fuerzas del capital, y de ello se benefician también, aunque en menor medida y en distintos grados, los países y sectores no hegemónicos. En cada una de las hegemonías habidas, el área de dominio del capital y la intensidad de dicho dominio, se ha ampliado, al tiempo también que ha crecido la escala (y la fortaleza) de las estructuras estatales que han propiciado dichas nuevas hegemonías.

El problema que se plantea ahora es que la hegemonía de EEUU está en crisis, en una fuerte crisis diríamos, pero no se vislumbra en el horizonte ningún Estado, o grupo de Estados (salvo quizás, muy de lejos, la UE), es decir ningún nuevo hegemon potencial, que sea capaz de poner en cuestión la hegemonía de EEUU. Y no tanto en términos económicos y monetarios, en donde la potencia económica (que no todavía financiera) y monetaria de la

---

15. Hegemonías española y portuguesa en los siglos XV y XVI, que acaban en el siglo XVII con las guerras de religión y la Paz de Westfalia; hegemonía holandesa durante el resto del siglo XVII y el XVIII, que acaba con las guerras napoleónicas, de donde surge el nuevo hegemon: Gran Bretaña; hegemonía británica que se desarrolla a lo largo de todo el siglo XIX y hasta la I Guerra Mundial; y hegemonía estadounidense que termina de consolidarse tras el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad (Arrighi, 1999).

UE es una verdadera amenaza para EEUU, sino sobre todo en el plano militar, en donde la supremacía de EEUU es incuestionable.<sup>16</sup> Y además, por primera vez, aparecen en el horizonte (se están empezando a hacer ya realidad en muchos terrenos) los límites ecológicos planetarios, que pueden hacer inviable un nuevo período de expansión continuada, cuando además el propio capitalismo ya ha adquirido una dimensión verdaderamente global. La necesidad de crecimiento y acumulación constante empieza a chocar ya con los límites geográficos y ambientales. De ahí que hoy en día el crecimiento se intente impulsar principalmente a través de una reestructuración salvaje de lo existente, aunque sea a costa de agudizar las contradicciones.<sup>17</sup> Ello abre la posibilidad de que entremos en un largo período de desintegración de la organización sistémica existente, en donde se intensifique la lucha interestatal por el poder, en especial dentro de los espacios centrales, o en relación con algunas de los nuevos centros de poder emergente (¿China?), al tiempo que se intensifica la ingobernabilidad antagonista y, en concreto, no antagonista, a todos los niveles.

Y es tal vez por eso por lo que EEUU (apoyado por el Reino Unido) intenta mantener contra viento y marea su hegemonía, conservando y reforzando los instrumentos monetario-financieros característicos de su dominio, a través de una guerra permanente que nos augura que no tendrá fin. Pero esta estrategia, se quiera o se quiera, está condenada al fracaso, en el medio y largo plazo. Es sencillamente «insostenible». Es un signo de debilidad, más que de fortaleza. En primer lugar, por su altísimo coste económico, que una potencia como EEUU altamente endeudada no puede mantener indefinidamente en el tiempo. En el momento en el que quiebre la confianza de los inversores internacionales en la hiperpotencia, ésta se mostrará tal cual es: «un emperador desnudo». En segundo lugar, por la incapacidad del sistema para mantener una mínima legitimidad, pues ningún sistema de dominio se ha mantenido a lo largo de la historia sin una legitimidad que lo consolide. La imagen de EEUU en el mundo ha experimentado un muy profundo deterioro en todo

---

16. EEUU tiene un gasto militar que es casi la mitad del gasto militar mundial, dedica un porcentaje de su PIB a «Defensa» que es algo más del doble que el del conjunto de los países de la UE (el Reino Unido es la excepción), con una población mayor, y manifiesta un desarrollo tecnológico en materia de armamento sustancialmente superior, sobre todo en cuanto al dominio espacial se refiere (Kennedy, 2002).

17. Hoy en día el crecimiento se pretende garantizar bajando los impuestos (es decir, dando aún más dinero a los ricos), desregulando los mercados laborales (para abaratar todavía más la fuerza de trabajo), privatizando los servicios públicos existentes (esto es, ampliando el área del mercado a costa de la del Estado), obligando a los Estados a endeudarse (con el capital financiero) para seguir manteniendo la inversión pública e intentando crear las condiciones para que suban (o al menos no bajen más) los mercados financieros.

el planeta desde la intervención en Afganistán, a pesar de la «solidaridad» que pudo apreciarse tras los atentados del 11-S. Y una hegemonía que tiene que recurrir a imponerse al resto del mundo a través del dominio militar y represivo es una hegemonía muy frágil. Ya antes de que haya empezado la guerra contra Irak, que supone un cambio verdaderamente cualitativo en la imposición de la hegemonía de EEUU *manu militari*, el rechazo de la «opinión pública» mundial es altamente significativo, incluidas las propias «opiniones públicas» europeas. Y hasta el propio poder hegemónico, a pesar de su arrogancia, tiene miedo y muestra tensiones internas en relación con los pasos que está dando.

Es fácil suponer lo que puede acontecer cuando la situación en Oriente Medio (y toda su área de influencia) se empieza a complicar y a empantanar, y sea necesario recurrir a cada vez mayores dosis de militarismo para garantizar el orden no sólo en ese espacio geográfico, sino también en cada vez más numerosos lugares del planeta (Plan Colombia, Plan Puebla Panamá, etc). Además, será muy difícil garantizar el «cero muertos» («proprios», por supuesto) característico de las guerras que ha librado la hiperpotencia en el pasado más reciente, debido al alto desarrollo tecnológico que había adquirido su industria de la guerra (y la muerte). Sobre todo cuando sea necesario ocupar de forma estable un territorio, tan complejo y hostil como Oriente Medio, para garantizar su dominio. Ello puede contribuir a erosionar el apoyo (hasta ahora) incondicional de la «opinión pública» estadounidense, especialmente cuando al mismo tiempo sea preciso acometer recortes adicionales de lo que queda del gasto social en EEUU, con el fin de mantener el esfuerzo bélico. Es difícil imaginar lo que puede acontecer en una sociedad tan desestructurada como la estadounidense, si la guerra (las guerras) se convierte(n) en una escabechina propia, si la situación económica se deteriora fuertemente a causa de la guerra (es posible, como veremos en el texto, una depresión-deflación mundial cuyo epicentro puede ser muy probablemente EEUU), y si todo ello incide en un deterioro del sentimiento patriótico (el único cemento que une a la población de EEUU), y de la fe en las instituciones y en sus dirigentes. Las guerras se sabe cómo empiezan, pero nunca cómo acaban, y no hace falta escarbar mucho en la historia para constatar el fuerte auge de antimilitarismo que se da cuando se encallan los conflictos bélicos, y las guerras muestran toda su verdadera crueldad y no el carácter aséptico y banal con el que se nos quieren vender a las poblaciones occidentales.

Y en tercer lugar, porque el nuevo capitalismo global para su despliegue requiere de muy importantes dosis de flexibilidad. La Nueva División Internacional del Trabajo, altamente «globalizada», las nuevas formas de organización del mismo de tipo postfordista, el funcionamiento en red de las nuevas estructuras productivas y decisionales, etc., requieren de una enorme

flexibilidad para funcionar y desarrollar todo su potencial. En este sentido, el carácter cada vez más controlador y represivo de las nuevas formas de «dominio fuerte» está introduciendo ya importantes restricciones a esta flexibilidad, que pueden redundar en una progresiva esclerosis de sus estructuras, al tiempo que incrementa los costes de su funcionamiento.<sup>18</sup> Algo similar, salvando por supuesto las distancias, le ocurrió a la ex-URSS, altamente burocratizada e incapaz de adaptarse a los nuevos requerimientos tecnológicos para poder competir con Occidente.

### **Crisis de hegemonía, o crisis del proyecto modernizador**

De esta forma, nos encontramos en una importante coyuntura histórica en la evolución del capitalismo, en la que parece que entramos en escenarios no sólo de crisis de hegemonía (lo que ya ha ocurrido en distintas ocasiones), sino también, muy probablemente, de crisis del proyecto modernizador en su conjunto. Es decir, podríamos concluir, siguiendo a Wallerstein (1998), que estamos entrando ya en una verdadera crisis sistémica, esto es, en una crisis estructural del sistema mundo capitalista, y que nos encontramos «en el período inmediatamente precedente a una bifurcación. El sistema histórico actual (el capitalismo) está, de hecho, en una crisis terminal. (Este sistema tiene una) necesidad imperiosa de expansión en términos de producción total y en términos geográficos, a fin de mantener su objetivo principal, la acumulación constante (...) El capitalismo histórico está, de hecho, en crisis precisamente porque no puede encontrar soluciones razonables a sus dilemas actuales, entre los que la incapacidad para contener la destrucción ecológica es uno de los mayores, aunque no el único. (Y) no hay salida dentro de la estructura del sistema histórico vigente (...) El problema que se nos plantea es qué es lo que lo reemplazará. Ésta es (y será) la discusión política central de los próximos 25-50 años».

La crisis de Occidente (como estructura central del capitalismo global) parece, pues, que entra en su fase final. Todo indica que las próximas décadas serán muy probablemente el momento histórico de desintegración del sistema-mundo capitalista, tal y como lo conocemos. El presente modelo de acumulación no podrá seguir desarrollándose mucho más tiempo sin crear desequilibrios sociales, económicos, culturales, de género, ecológicos, políticos y militares en ascenso, que serán progresivamente inmanejables. Ya lo son hoy en día y lo serán aún mucho más en las próximas décadas. La barbarie, que es intrínseca

---

18. El incremento de los costes de seguridad es ya un hecho después del 11-S, que es especialmente significativo en todo aquello relativo al transporte de contenedores y de mercancías en general.



al actual sistema, se reforzará hasta límites insospechados bajo la dictadura del dinero y su imperativo de necesidad de crecimiento y acumulación continuo. El crecimiento económico sin fin no sólo está agotando las existencias de recursos no renovables (sin los cuales no puede subsistir, en concreto los combustibles fósiles), sino que también está transformando recursos renovables en no renovables (pesquerías, bosques, agricultura), debido a las prácticas «insostenibles» que impulsa el mercado y la competitividad. Al mismo tiempo, el mundo entero se convierte en un gigantesco vertedero y sumidero. Las bases mismas de la vida humana y de gran número de especies está amenazada. La lógica del capital está empezando a chocar con los límites ecológicos planetarios. El despliegue del capitalismo global ya sólo puede realizarse profundizando en la lógica de la «guerra global permanente» y en la destrucción sin fin del entorno natural. Todo ello, se nos decía, era la condición previa para crear la abundancia («necesaria») que luego nos alcanzaría a tod@s.

Pero el sueño del «progreso» y «desarrollo» sin límites, que beneficiaría a todos los pueblos y rincones del globo, se ha venido definitivamente abajo. A pesar de que se intentan subrayar los cada vez más limitados signos positivos del mismo y ocultar (sin conseguirlo) la avalancha creciente de efectos colaterales regresivos que comporta. Se retraen, pues, las formas de «dominio dulce» del capital y sólo cabe recurrir ya a las formas de «dominio fuerte» (a la lógica de la guerra y la represión a todos los niveles) para garantizar la expansión de la economía monetaria, de base crecientemente financiera. El dominio del capital muestra cada vez de forma más patente su brutalidad. El poder se exhibe cada día de forma más represiva evaporándose poco a poco su legitimidad. Todos los componentes del proyecto modernizador están en crisis: el Estado-nación, el mercado autorregulador y la fe en el mito del Progreso (la nueva religión occidental desde el siglo XVIII), que se camufla bajo apariencias «racionales» y que se sustenta en la potencialidad del desarrollo sin fin de la ciencia y la tecnología. El sueño en la «máquina del crecimiento perpetuo» ha entrado en crisis. El desorden se propaga a velocidad de vértigo, pues se está generando una «civilización» (universal), cada vez más entrópica, incapaz de corregir su camino hacia el caos. Ha desaparecido la idea de futuro, que ha devenido un repertorio de temores más que de esperanzas en un mundo mejor. La flecha del tiempo está rota. Las utopías parece que han muerto. Se impone la lógica inexorable del «tiempo real», en la que operan los mercados financieros. El tiempo parece abolido por el instante. Ha perdido sentido, parece, cualquier proyecto colectivo a largo plazo. El capitalismo (financiero) global, liderado por EEUU, se ha instalado en un (intento vano de) presente perpetuo.

Los valores de la modernidad, ya en crisis antes del 11-S, se han terminado de desmoronar junto con las Torres Gemelas, certificando al mismo tiempo

dicho acontecimiento también el fin de la postmodernidad (López Petit, 2001). El simulacro se ha acabado y el poder manifiesta su perfil más feroz. Se refuerzan el militarismo, la policialización de nuestras sociedades y los mecanismos de opresión patriarcal. Y con ello ha naufragado cualquier atisbo de que el sistema tenga la más mínima capacidad de reformarse para hacer frente a las crisis que le acosan, pues su propia lógica se lo impide. Occidente ha acabado por perder el sentido de la realidad y la miseria «espiritual» propia de la modernidad ha quedado patente. Máxime ahora que han nacido generaciones que ya no distinguen la realidad de la ficción. Hecho especialmente grave en un momento histórico en que la realidad virtual desplaza cada día más a «lo real», ocupando más espacio real «lo falso» que «lo verdadero». Se está a punto de abolir el ser humano autónomo y sobre todo su dimensión interior. A ello se suma el que la lógica del capital ha roto en gran medida los lazos sociales y comunitarios; al tiempo que nos inculcaba que la mano invisible nos conduciría al «bien común», aun cuando todos los miembros de la sociedad se entregasen al egoísmo personal, es decir, a perseguir el beneficio propio individual. Ello hace aún más difícil que se tenga capacidad colectiva para enfrentar la crisis de la modernidad, a pesar de las esperanzas que pueda suscitar el auge de las resistencias al capitalismo global. Especialmente cuando está llegando hasta el paroxismo la negación (y criminalización) del «otro» que acompaña a la modernidad occidental, así como el desprecio por otras culturas, pues, además, este «otro» y sus culturas ya están abiertamente entre «nosotros». Y cuando asistimos a la proliferación de actitudes desde el poder cada día más «irracionales». El propio Occidente parece como si estuviera disolviendo la razón en nombre de la cual se fundó, lo que sin duda profundizará su crisis. «La tan cacareada Modernidad ha dejado atrás hace tiempo su impulso ascendente y creador, para entrar en un ciclo declinante y nihilista» (Saña, 1995).

Esta crisis de la modernidad, es decir, del capitalismo realmente existente, va a durar seguramente décadas. Hasta ahora los escenarios de crisis profundas, o colapsos, han afectado (y están afectando) fundamentalmente a territorios de la Periferia, aunque alcanzarán también, antes o después, a los propios espacios centrales, en especial a sus metrópolis. El Occidente moderno nació en las ciudades (y en concreto, en las ciudades-Estado), desde donde el dominio del dinero se fue imponiendo paulatinamente (con la ayuda del Estado) al mundo entero. Y allí muy probablemente sucumbirá. El proyecto modernizador consiste en someter todo al dominio de las ciudades, que hoy en día se han convertido ya en metrópolis, regiones metropolitanas y «ciudades globales». La explosión del desorden que implicará (que está implicando ya) la crisis del capitalismo global, se manifestará primordialmente en las metrópolis. Serán los espacios altamente urbanizados, es decir, los más modernizados y más dependientes de la economía monetaria, donde se manifestará con más inten-

sidad la crisis del capitalismo global. Y seguramente serán los territorios menos modernizados, los que puedan resistir mejor el previsible colapso. La quiebra del proyecto modernizador, supondrá la crisis de lo urbano (sobre todo en su dimensión metropolitana) e implicará la necesidad de revitalizar el mundo rural, se quiera o no se quiera. Con toda la enorme dificultad que ello conlleva, pues, como Cortés, se han quemado las naves para posibilitar una posible transición no traumática. Sobre todo cuando el imaginario colectivo actual tiene un fortísimo componente urbano-metropolitano y un desprecio absoluto hacia el mundo rural.

### **La necesidad de enfrentar la crisis de la Modernidad**

El ser humano moderno construido desde Occidente, bajo la lógica del capital, ha fracasado en su pretensión de ser dios. Ha llegado el momento de recuperar el sentido de la realidad. Hace falta mirarse en otras culturas que tienen (o mejor dicho han tenido, pues muchas han desaparecido o lo están haciendo) una relación más equilibrada con el entorno. Será imprescindible acometer una regeneración «postmoderna» de la tradición, sabiendo recuperar sus aspectos positivos (las «culturas de la tierra») y sometiendo a crítica sus aspectos opresores, sobre todo en lo que a las relaciones de género se refiere. Hace falta salir del «desarrollo» y de la «globalización» impuesta por la dinámica del dinero, que se ha emancipado totalmente de cualquier control social. Es preciso construir nuevos ámbitos de comunidad, de apoyo mutuo, de relaciones de género y de regeneración social, sin oponerse al «otro», sin rechazarle y sin odiarle. Para ello será imprescindible reducir el ámbito de la economía monetaria, de la producción de mercancías, acercando la producción al consumo y creando nuevas formas autogestionadas para ambas, al tiempo que se intenta, desde las estructuras locales, volver a retomar el control social sobre el dinero.

Todo esto no será posible sin crear verdaderas formas de contrapoder social desde «lo local» y sin desertar de la lógica de la guerra y de «lo político», lo institucional, que no de la política. Pero también será necesario resistir desde el espacio de la producción actual y desde las metrópolis, teniendo en cuenta su necesidad de transformación absoluta, si queremos caminar hacia estructuras más autónomas, justas y «sostenibles». No se trata de ocupar el poder, tarea por otro lado imposible, sino de intentar controlarlo, dentro de la enorme dificultad que ello supone, desde una sociedad que deberá intentar reconstituirse, para iniciar una vía de transformación colectiva cuya ruta no está en absoluto fijada y que deberá ser generada día a día. En este camino, la urgencia de una descolonización intelectual de nuestro imaginario individual y colectivo es insoslayable, para reconstruir nuestra historia y para darle un sentido de futuro.

Y como parte de ello es urgente elaborar un pensamiento crítico en torno a la ciencia y la tecnología, a su carácter no neutro, y acometer una revisión en profundidad en torno a la apología del desarrollo de las fuerzas productivas de la izquierda tradicional, que, aunque en crisis, aún está bien presente entre nosotr@s. Pues, sobre todo en Occidente, no existe, en general, la más mínima conciencia de que las formas de vida y consumo que posibilitan, para una amplia mayoría social, el desarrollo científico y tecnológico, que promueve el capital, se producen a expensas de los recursos del resto del mundo y a costa de los equilibrios ecológicos planetarios.

Finalmente, decir que cuando se cierra este texto, el 19 de enero de 2003, unos días antes de que se reúna el Consejo de Seguridad para «evaluar» la labor de los inspectores de las NNUU, estamos asistiendo a un auténtico resurgir de las movilizaciones contra la guerra en gran parte del mundo. Ayer, día 18, centenares de miles de personas se echaron a la calle en Washington, S. Francisco, Londres, Roma, Moscú, Yakarta, Hong Kong, etc. Y hoy más de veinte mil personas hemos marchado, una vez más, después de doce años, desde Madrid a Torrejón, a lo largo de doce kilómetros, bajo el lema «Paremos la Guerra contra Irak. No a la participación del Estado español. OTAN no, bases fuera. Contra la Europa del capital y la guerra». La gente está perdiendo el miedo y se está lanzando a denunciar la sinrazón de la loca dinámica en que nos quieren meter a tod@s EEUU, seguido del Reino Unido. El movimiento global, después de un cierto repliegue tras la feroz represión de Génova, y sobre todo tras el 11-S, está volviendo a resurgir con fuerza.

Se avecinan tiempos enormemente turbulentos y todos estamos en el punto de mira. Pero el poder está también dentro de nosotros, si sabemos aunar voluntades, para detener la barbarie. Y el Emperador, como hemos dicho, se está quedando cada día más desnudo. Su multimillonario aparato de propaganda y su enorme capacidad represiva (intensificada de forma tremenda tras el 11-S), no son capaces de tapar su creciente desnudez. Sobre todo cuando no tiene nada que ofrecer. El poder empieza a manifestar que se asienta en el vacío, especialmente si se empeña en imponer un poder tiránico al conjunto del mundo y la gente pierde el miedo. Y es preciso recordar cómo la tremenda capacidad de control y represión de la ex-URSS, de repente, casi de la noche a la mañana, fue incapaz de detener el desmoronamiento del gigante soviético. Y cómo en la ex-RDA, la población penetraba en las oficinas de la tan temida Stasi (la policía política) tirando los fichas policiales por las ventanas, cuando el régimen colapsó, tras multitudinarias manifestaciones diarias. Y es preciso recordarle al poder, aquí en Occidente, y en todo el mundo, que la gente ha perdido ya el miedo y que parece que no está dispuesta a suicidarse así como así. Pues tal y como gritaban los manifestantes en la Cabilia cuando las fuerzas de seguridad del Estado argelino masacraban a la

población: «No nos podéis matar, porque ya estamos muertos». Pero esos muertos parece que gozaban de una «excelente» salud: su rebeldía, que el poder siempre ha temido, y por eso se quedaba inerme, cuando irrumpía, sin saber qué hacer. Y ahora que se empieza a dar cuenta que el factor humano se ha puesto otra vez en funcionamiento, en todo el planeta, tiene miedo. Mucho miedo. Pensaba que podía gobernar el mundo explotando, marginando y menospreciando a la población mundial, y sin tener en cuenta los límites y los equilibrios ecológicos planetarios, sólo pensando en sus ansias de beneficio sin fin, y mirando a las pantallas de Wall Street, pero eso parece que ya no puede seguir siendo así. O al menos, no por mucho tiempo más, pues la lógica de la vida empieza a chocar frontalmente con la lógica militar y policíaca del capital.

Y esperemos que en este proceso, si no sucumbimos a la vorágine, y dentro de la enorme dificultad que ello comporta, los diferentes sujetos sociales puedan ir recuperando su capacidad autónoma de pensar, para poder reconstruir su futuro sobre las cenizas que deja a su paso la expansión del proyecto modernizador.

## Bibliografía

- CASTRO SOTO, Gustavo; «Intereses de la Guerra», en *Boletín de CIEPAC*, n° 265, otoño 2001, Chiapas, México.
- CE (Comisión Europea); «Towards a European Strategy for the Security of Energy Supply», CE., Bruselas, 2000.
- ESTEVA, Gustavo; «The Age of Development», en Sachs, Wolfgang (ed.); *The Development Dictionary*, Zed Books, London, 1994.
- KLARE, Michael; *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Metropolitan Books, New York, 2001.
- HERNÁNDEZ HOLGADO, Fernando; *Comentarios al borrador del texto: «Capitalismo (financiero) global y guerra permanente»*, Carta inédita, Valencia, 2002.
- KENNEDY, Paul; «EEUU y Europa: ¿Marte o Venus?», en *El País*, 22-12-2002.
- LAMARCA, Chusa; «Ella para Él, Él para el Estado, y los tres para el Mercado», Jornadas Feministas de Córdoba, en *Feminismo Es y Será*, Universidad de Córdoba, 2001.
- LÓPEZ PETIT, Santiago; «El Acontecimiento 11 de Septiembre. Polifemo Busca a su Enemigo», en *El Viejo Topo*, noviembre de 2001.
- PÉREZ TAPIAS, José A.; «Diálogo Intercultural en la Época de la Globalización», I Jornadas Internacionales de Reflexión Crítica sobre Globalización. Inédito. Las Palmas de Gran Canaria, noviembre 2002.

- SAÑA, Heleno; «La Agonía de la Sociedad Burguesa», Jornadas sobre la Crisis de la Ciudad. Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Santa Cruz de Tenerife, marzo 2004.
- SOLANA, Javier; «Las semillas de una posible ruptura entre EEUU y Europa», en *El País*, 13-1-2003.
- VERDÚ, Vicente; «El Núcleo», en *El País*, 4-1-2003.
- WACQUANT, Loïc; «Voces desde el Vientre de la Bestia Americana», en Burton-Rose, Daniel, Pens, Dan y Wright, Paul; *El encarcelamiento de América*, Virus, Barcelona, 2002.
- WALLERSTEIN, Emmanuel; *Ecología y Costes de Producción Capitalista: No Hay Salida*, Binghamton University, Ferdinand Braudel Center, 1997.